XIMENO XIMÉNEZ

LA NORIA

ESCENAS DE LA VIDA PERIODÍSTICA

PARA SER REPRESENTADAS

en un acto y en prosa, originales



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

LA NORIA

LA NORIA

ESCENAS DE LA VIDA PERIODÍSTICA

PARA SER REPRESENTADAS

en un acto y en prosa

ORIGINALES DE

XIMENO XIMÉNEZ

Estrenadas en el TEATRO ROMEA el 1.º de Mayo de 1909



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1909

A la Asociación de la Prensa

DE MADRID

Respetuoso homenaje de

Ximeno Ximénez.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CARMEN (joven, distinguida; enferma)	SRTA.	VALDIVIA.
LA LINDILLA (joven, artista de *variétés*)	SRA.	EZQUERRA.
MISIA LUS (35 años; acaudalada argentina; madre de Carmen)		CORONA.
EL AMA (joven, guapa; habla con ligero acento gallego)		MONTALT.
ALVAR (joven)	SR.	PALACIOS.
GRACEJO (viejecito simpático; de marcha temblona)		CASTILLA.
FRETZ (35 años: elegante, usa monóculo y habla enfáticamente)		LOMBÍA.
DOCTOR (30 años; correctamente vestido)		BENETY.
CORON (30 años; tipo ridículo, vestido con lujo y mal gusto, muy inquieto)		VALERO.
INCIO (26 años)		MAXIMINO.
UN ORDENANZA (joven) / UNA VOZ		PALACIOS (A.)
UNA NIÑA ó NIÑO (de 4 años; que no habla).		

La escena en Madrid.—Época actual

NOTA

Los personajes *Alvar* é *Incio*, deberán presentarse así:

EN EL PRÓLOGO

Alvar.—Pelo y bigote grises, algo encorvado y detallando en su semblante grandes sufrimientos. Traje de invierno, magnífico gabán de pieles, sombrero de copa y guantes (tonos oscuros).

Incio.—Pequeño bigote; vestido muy elegante, también con abrigo de pieles, sombrero de copa y guantes.

EN LA OBRA

Alvar.—Pelo y bigote negros; joven fuerte, lleno de vida; semblante sano. Traje de americana modesto, claro, de verano.

Incio.—Sin bigote. Traje modesto, de americana.

Deben caracterizarse de manera que la transformación del prólogo á la obra, puedan hacerla rápidamente.

Las compañías á quienes conviniere, pueden prescindir del prólogo y epílogo, para representar estas escenas.

ACTO UNICO

PRÓLOGO

Gabinete reservado para recibir visitas, en la redacción de un periódico importante, Está instalado con cierta comodidad y severo gusto; los asientos son de cuero, al estílo inglés; los muebles de nogal como los marcos que adornan las paredes, representando paisajes, marinas y retratos, supuestos de firmas acreditadas en el arte. Puerta mampara en el centro del foro, con cristal esmerilado ó placa de metal en el centro, en que se lee: «Dirección». A cada lado un sofá y en los rincones columnas sosteniendo objetos de arte. Puerta lateral derecha del actor, tapada por un tapiz, y en segundo término chimenea con gran espejo y reloj antiguo, etcétera, etc. En uno de los lienzos de pared mesa revuelta de fotografías de personajes de ambos sexos en ciencia, letras y arte. En lateral izquierda, primer término, balcón practicable, algunas sillas después y cerca ya del rincón un teléfono especial con una prolongación ancha y larga en forma de embudo, varios hilos espirolados debajo y una caja sobre el suelo en la que penetran; sobre todo el aparato, timbre que juega (por dentro y fuera). Ante dicho teléfono caballete artístico sosteniendo un retrato al busto, de tamaño natural, de Carmen tal y como se presenta en la obra después; en un angulo del marco, un laze de crespón negro, de grande caidas, suficientes para cubrir todo el retrato. Pequeña mesa en el centro de la escena cubierta por un tapiz de felpón y sobre él algunos libros en orden y recado de escribir. Dos sillas volantes al lado. Avanzado en escena, en lateral derecha, pequeño sofá colocado algo diagonalmente, y en lateral izquierda, ante el caballete, una góndola artística. Alfombrada la escena. Aparato de luz eléctrica pendiente del techo, en el centro de la escena, que aparece iluminado, como cerrado el balcón.

ESCENA PRIMERA

MISIA LUS, ALVAR, INCIO y una NIÑA

Los cuatro personajes contemplan el retrato; la niña delante dando la mano á Incio. Detras Misia Lus y Alvar

ALVAR (A Misia.) Sí, señora; todo se conserva como estaba hace cuatro años, menos ese retrato que el amor de mis compañeros hizo colocar.

MISIA (Solloza. Con acento argentino.) ¡Mi hijita! ¡Si yo hubiera previsto!...

ALVAR Después de ocurrir lo que no se espera, siempre decimos así. ¡Si lo hubiera sabido yo!... (Misia y Alvar avanzan en la escena, á la derecha. Incio con la niña se sientan en la góndola; coloca sobre una rodilla á la Niña y supone hablarla de la persona que el retrato representa. Otras veces la acaricia, otras la besa.)

MISIA Pero fíjese, no más; es que su desobediensia me indignó.

ALVAR Nuestro amor merecía ser tratado con más piedad.

MISIA ¿Y usted sabía que los argentinos no dotan á sus hijos cuando casan? ¿Lo sabía usted?

ALVAR No me paré en indagar... pero tampoco me guiaba el interés.

MISIA Como buena hijita, debió haser atensión á los consejos de la mamá. Si los hubiera seguido... ¡Qué distinto hubiera sido su porvenir.

ALVAR Y si usted hubiera sido algo humana, ¡qué distinto también!

MISIA Mi ausensia ha sido lo peor. Estando aquí, me hubiera enterado de cuanto les ocurría y... ¡cómo hubieran podido llegar á esos extremos! ¡Qué esperansa! ¡No, no!

ALVAR Carmen escribió á usted en diferentes ocasiones. Antes de nacer la niña... la enteraba de nuestra apuradísima situación... De esto nada me dijo, pero yo pude enterarme por casualidad.

MISIA Había ordenado que ninguna carta llegada

de España se me diese á leer. Se guardaban todas Después de mucho tiempo cambié de opinión. Las pedí. Me entregaron las coleccionadas y pude cerciorarme de que al principio me escribía y que despues no. Lo atribuí á despecho; me entró una inmensa ansia de venir á su lado...

ALVAR ¡Ha sido usted muy cruel!

MISIA (Solloza.) ¡Mi hijita! ¡No merezco tu perdón! (Se sienta; oculta la cara con el pañuelo.)

INCIO (A la niña) ¿Un beso? (La alza en brazos y lleva hasta la cara del retrato, que la Niña besa.) Cuantos quieras; sí, era muy buena tu mamá.

MISIA (Va rápida hasta donde el cuadro, toma á la niña y medio arrodillada sobre el suelo al pie del caballete, la acaricia al tiempo de hablarla.) ¡Angel mío! ¡Como era ella eres tú también! Sus mismos ojos... su misma nariz .. su dulsísima manera de mirar... (Sollozando.) ¡Hija de mi alma! (Mirando al retrato) ¡Perdóname! (Alvar, más avanzado en la escena, descansa su cabeza sobre un hombro de Incio,) Aunque sin tí, yo quiero remediar todo el mal que os hice abandonándoos á vuestra sola suerte. ¡Siendo inmensamente rica yo...! (Decidida á Alvar y llevando de la mano á la niña.) ¡Ea!... Despídase usted.... Vamos de aquí!.. Basta de trabajos... Cuanto poseo pertenece á usted y á este mi ángel... ¡Nietesita adorada! (La besa.)

ALVAR (Digno.) Señora... ¡No puede ser! Yo seguiré aquí ganando el pan para los dos. (Se soltó de Incio.)

MISIA Veo que me guarda usted rencor. (Alvar signo negativo.) ¡Me lo meresco! Pero la niña... siquiera por una temporada... ¡Déjemela usted!... (Suplicante.)

ALVAR (Abrazándola y besándola.) Es mi único consuelo. ¡Lo que me alienta para vivir! ¿Cómo quiere usted que pueda alejarla de mí? (Cambio.) Señora, creo haberla complacido trayéndola, con la niña, á este lugar que deseaba usted ver...

MISIA Sí... Sí... Pero quisiera conocer con todos sus detalles...

ALVAR — Incio los escribió.

INCIO — (A Misia.) Sí, señora; todo lo ocurrido en aquel día lo reuní en una colección de escenas... Las mismas que fueron...

MISIA — Las quisiera leer. (Suplicante.)

INCIO — En mi mesa de trabajo siempre tengo algún ejemplar. (Mutis por lateral derecha.)

ESCENA II

DICHOS menos INCIO

MISIA — (A Alvar, con ansiedad.) ¿Es irrevocable su propósito? ¿No quiere usted vivir á mi lado? Y si es así, ¿tampoco me consiente usted que me haga cargo de mi nietesita...?

ALVAR — Señora, deseo continuar viviendo igual.

MISIA — (Suspirosa.) ¡Está usted en su derecho! Regresaré sola.

ESCENA III

DICHOS, INCIO, que entra por lateral derecha con una comedia impresa en la mano, en cuya portada se lee «La Noria»

INCIO — (Entregando la comedia á Misia, que la toma.) Aquí lo tiene usted.

MISIA — (A Alvar.) ¿Dónde me dijo usted antes que sucedió?

ALVAR — (Señalando al sillón junto al balcón.) ¡Allí! (Visiblemente emocionado.)

MISIA — Aquí deseo leer. Quisiera estar sola... ¿Es posible?

ALVAR — En estas horas sí.

MISIA — (Besa á la niña.) ¡Adiós, mi hijita!

ALVAR — ¿Debo venir para acompañarla hasta el hotel?

MISIA — No; iré sola. Mañana lléveme temprano á la niña y hágame el gusto de acompañarme para almorzar. (Alvar saluda ceremonioso y mutis por el foro con la niña de la mano, que vuelve la cabecita para Misia, según anda.)

INCIO Señora, si algo la ocurre, yo estoy ahí. (Vase por lateral derecha. Misia, lentamente, va al sillón, observa á su hija en el retrato, suspira, se sienta y comienza á leer con voz que acusa emoción intensa: La noria. Acto único. Escena primera... (Telón rápido.—Después de la pausa más corta posible para que los personajes verifiquen su transformación y suprimir el caballete con el retrato, vuelve á levantarse el telón. Es de día. La luz del aparato apagada.)

CUADRO UNICO

ESCENA PRIMERA

ALVAR é INCIO que aparecen cerca del teléfono como si esperaran algo. Sobre la mesa el sombrero de Incio. Las puertas cerradas y el balcón abierto de par en par. Al levantarse el telón se escucha un violín que rasguea en la calle una triste melodía de ópera conocida.

ALVAR Tiene el inconveniente de que todos se enteran de la conversación.

INCIO Cuando se quiere evitar no hay más que correr esta palanquita. (Supone hacerlo.) Así queda igual que un teléfono como todos. (Cierra el balcón, dejándose de escuchar el violín repentinamente.) ¡Qué lata de violín!

ALVAR ¡Como que hasta la noche no lo deja!

INCIO Debiéramos de indicarle que se pusiese un poco más lejos.

ALVAR ¡Pobre hombre! Dejémosle; ¡quién sabe si habrá vivido mejor en otro tiempo!

INCIO (Al teléfono.) Teniendo abierta la puerta de la Dirección, sin levantarse de su asiento se puede escuchar; ya usted ve si es cómodo.

ALVAR Sí, sí; estoy convencido de su utilidad, como del ingenio demostrado por su inventor. Haremos un artículo encomiástico uno de estos días; tenemos el deber de proteger todo trabajo. Conque, amigo Incio, á escribir esos versos.

INCIO Aun no hay prisa; á su tiempo estarán. A propósito, Ferquin me ha encargado dé á usted infinitas gracias por su artículo de ayer; su editor, que titubeaba en comprarle toda la edición, la adquirió anoche mismo, con lo que nuestro buen amigo ha resuelto su desesperado mal estar.

ALVAR Me alegro con el alma. Pero su novela merece los elogios que le dediqué.

INCIO También esta mañana en Gobernación, el Subsecretario se ha manifestado agradecido por lo que el periódico escribió el domingo estudiando la situación de su distrito.

ALVAR Claro ¡Decíamos que le debe su prosperidad! Pero es una exageración.

INCIO Temía que las palabras pronunciadas en el Congreso por Leinozo, mermaran su influencia con los electores.

ALVAR Bueno, Incio, yo tengo aun mucho que hacer. (Disponiéndose á hacer mutis por la derecha.)

INCIO (Deteniéndole con el ademán.) Me ocurre una idea. Vamos á demostrar más prácticamente las ventajas de este teléfono. Desde la oficina de su inventor le telefonearé mi miscelánea poética; como siempre son breves, no distraeré á usted mucho. Porque, claro está, que ha de copiarla usted de mi voz.

ALVAR Muy bien. Y antes de salir diga usted al ordenanza que pida á la imprenta las pruebas de mi artículo de hoy; que no cierren la sección del Ayuntamiento hasta última hora, y que si cabe, entre en primera plana la información de la Grachiella.

INCIO ¡Canta muy mal!...

ALVAR Pero se han dicho muy buenas cosas de otras que cantaron peor. Mantiene á sus ancianos padres, y si aquí no resulta, no volverá á cantar.

INCIO Siendo así...

ALVAR A ver cómo salen hoy sus versitos; su pequeña sección gusta mucho á todos. Incio, hasta después.

INCIO Hasta que me escuche usted por ahí. (Señalando al teléfono. Y mutis Alvar por lateral derecha.)

ESCENA II

INCIO y UNA VOZ. Incio se dirige al teléfono: supone dar vueltas á una manivela; pronto suena el timbre que está encima

INCIO — Sería lástima desperdiciar un aparato tan práctico para la más rápida información. Voy á probar una vez más.

VOZ — (Acento algo extranjero.) ¿Quién llama?

INCIO — (Al aparato.) Soy yo.

VOZ — Le conozco á usted, señor Incio. ¿Me oye usted bien?

INCIO — Admirablemente.

VOZ — Lo celebro mucho, y estoy seguro de contentar á ustedes.

INCIO — Tratamos de hacer una pequeña experiencia, y si no es molesto para usted, iré luego á su escritorio para verificarla.

VOZ — Estoy completamente á sus órdenes.

INCIO — Muchas gracias, y hasta ahora.

VOZ — De nada, ¡Gut bay!

(Incio va á la mesa, toma el sombrero y vase por la puerta del foro.)

ESCENA III

FRETZ, CORON y un ORDENANZA, que no habla. Fretz es un señor coloradote, grueso, respirando salud. Coron es su contraste, enteco, amarillento y lacio: ambos visten bien de levita y sombrero de copa. El Ordenanza ha levantado la cortina para que pasen

FRETZ — (Al Ordenanza.) Si el director está ocupado no se apresure usted para entregarle nuestras tarjetas; esperaremos cuanto sea necesario.

(El Ordenanza deja caer el tapiz y deja de verse.)

CORON — (Aparte. Fretz toda la escena la habla en voz baja.) ¿Y sigue usted creyendo factible...?

FRETZ — ¡Naturalmente! Y estando ausente el director, ¡mucho más! ¡Qué inocente es usted, amigo Coron! El dinero todo lo puede; unos cuantos billetes de mil pesetas desarrollan

una fuerza descomunal; tuercen las más firmes voluntades; hacen de la verdad, mentira; de lo falso, verdad. (Ríe cínico.)

CORON — No lo dudo; pero nuestra compañía ha dado bancarrota en Berlín y pudieran saberlo.

FRETZ — Ningún periódico ha dicho aun una palabra; para cuando lo digan nosotros habremos realizado ya nuestro negocio. La cuestión estriva en levantar su crédito por unas cuantas horas; hasta mañana en Bolsa, nada más.

CORON — Pero si el artículo no se publica..

FRETZ — No le quepa la menor duda; se publicará. Ya lo ha oído usted al administrador: «Si la Dirección lo autoriza, podrá salir esta misma noche». (Con jactanciosa seguridad.) Yo me encargo de que salga. (Golpeando en el bolsillo del pecho.) Llevo aquí unas razones que nunca han dejado de convencer.

ESCENA IV

DICHOS y ALVAR, que sale por la puerta lateral derecha

ALVAR — (Saludando con la tarjeta en la mano.) ¡Señores!...

FRETZ — (Acudiendo á su encuentro y detrás Coron.) ¿Tenemos el gusto de saludar al señor director?

ALVAR — El señor director está en París. Hago ahora sus veces. Tengan la bondad de sentarse y decirme en qué puedo serles útil. (Se sientan los tres.)

FRETZ — Nosotros formamos parte del Consejo de Administración de una Sociedad muy importante.

CORON — ¡Importantísima!

FRETZ — ¡Muy honorable!

CORON — ¡Honorabilísima!

FRETZ — ¡Muy acreditada!

CORON — ¡Acreditadísima!

(Fretz mira de soslayo, algo impaciente, á Coron.)

ALVAR — Lo celebro.

FRETZ — Esta asociación ha suscitado la envidia de otras similares y, para ponernos en guar-

dia de lo que pudiera sobrevenir, necesitamos del apoyo de la prensa.

CORON ¡Formidable palanca, capaz de levantar al planeta en que habitamos, si se lo propusiera!

(Alvar sonríe desconfiado.)

FRETZ Entre tantos periódicos... ¡Porque se publican muchos periódicos!... (Con intención.)

CORON ¡Muchísimos!

(Fretz le mira más molesto.)

FRETZ Sería de nuestro gusto acogernos al más importante, y como entre todos el de ustedes nos parece el más respetable...

CORON El más popular...

(Siempre el mismo juego en Fretz con respecto á Coron.)

FRETZ Hemos decidido acudir á ustedes, seguros...

CORON ¡Segurísimos!

FRETZ De que han de atendernos con la cortesía que les es proverbial.

CORON Justamente; proverbial.

ALVAR Dígame usted. (Escamado, y se guarda la tarjeta.)

(Fretz saca una grande cartera del bolsillo interior de la levita, conteniendo unas cuartillas para imprenta, y al mismo tiempo bastantes billetes de Banco. Al sacar las cuartillas para entregarlas á Alvar, que las toma y lee rápidamente, deja caer los billetes sobre el suelo, que recoge torpemente, barajándolos, tomando unos en tanto que vuelven á caérsele otros, hasta que los vuelve á guardar en la cartera.)

ALVAR (Devolviendo las cuartillas.) Este asunto es puramente administrativo; no me incumbe.

FRETZ (Sin tomar las cuartillas.) Sí, ya lo sabemos; es administrativo; hay que pagar la inserción á razón de tantas pesetas línea...

ALVAR Bajo la responsabilidad de quien la solicita. (Tendiéndole las cuartillas.)

FRETZ La Administración no pone inconveniente para que se publique.

ALVAR (Obligándole á tomar las cuartillas y levantándose después. Fretz y Coron se levantan también.) Entonces...

FRETZ Pero se hace necesario el visto bueno de usted.

ALVAR El director debe regresar dentro de unos días. Si para entonces quieren ustedes volver...

FRETZ (Bajito y después de pequeña duda.) Nos interesa no dilatar esta publicación, y si usted quisiera podríamos entendernos. (Impasibilidad en Alvar.) Esta preferencia de inserción merece tarifarse excepcionalmente.

CORON ¡Muy excepcionalmente! (Como antes con respecto á Coron. Fretz demuestra su contrariedad.)

FRETZ Y quiere decirse que, si la línea en los casos normales vale tres... cuatro... ó cinco pesetas, en este puede elevarse á muchas más, (Amable.) las que usted, como actual director, quiera fijarnos.

ALVAR Siento no poder complacerles.

FRETZ La línea quince pesetas...

CORON Dieciséis...

FRETZ Veinte..

CORON Veinticinco...

FRETZ Treinta... Podríamos evitarnos volver á la Administración. Dejaríamos á usted dos mil pesetas... tres mil...

CORON Cuatro mil...

FRETZ Sin necesidad de recibo, por supuesto; tratándose de usted... Y si sobraba alguna cantidad.. Si á usted no le ofende y tiene algún niño... les gustan tanto los juguetes...

ALVAR Es todo inútil; no puede ser.

FRETZ (Ansioso.) ¿Quiere usted... fijar la cantidad?

ALVAR (Digno y burlón.) Discúlpenme si les dejo; mi obligación me llama en otro lado. (Saluda ceremonioso y se dispone á mutis por lateral derecha.)

FRETZ (Rabioso.) ¿Por lo visto es usted rico?

ALVAR (Digno.) Para ustedes ni rico ni pobre; un hombre honrado.

CORON ¿Y periodista?

ALVAR (Enérgico, indicándoles la salida por el foro.) ¡Y periodista, que es mucho más!...

FRETZ La suerte de meterse en el bolsillo... dos mil duros se presenta rara vez...

CORON ¡Rarísima vez!

ALVAR Nuestros bolsillos siempre serán pequeños para guardar reunida esa cantidad, pero

nuestro pundonor es tan grande que la caja de todos ustedes no tiene espacio para meterle en él.

(Fretz y Coron, ante el imperativo gesto de Alvar, se humillan y vanse por el foro.)

ALVAR (Así que salieron.) ¡Canallas!

ESCENA V

ALVAR y CARMEN, que entra por la puerta del foro desencajada, pálida, precipitada y convulsa. Viste modestamente y de obscuro, lleva velo á la cabeza.

ALVAR (Rápido á ella sorprendido.) ¡Carmen!... ¿tú aquí? ¿Qué ocurre?

CAR. (Anhelosa.) Apenas tengo fuerzas para explicarme... (Parece desfallecer. Alvar la hace sentar y queda en pie á su lado acariciándola, limpiándola el sudor de la frente, oprimiéndola las manos como si teniéndolas heladas quisiera darlas calor, etc.)

ALVAR El niño... (O niña, sugún lo presentado en el prólogo; y así siempre.)

CAR. No, no; tranquilo le dejé.

ALVAR El ama quizá...

CAR. El ama queda con nuestro hijo, indiferente á lo que ha presenciado, que ha sido atroz... ¡atroz! (Estremecida.)

ALVAR ¡Cálmate, Carmen mía, cálmate!...

CAR. Verás... verás. Repasaba yo al lado de la cuna la humilde ropita de nuestro Pepín; (Gonsuelin, si es niña.) mis ojos iban de la labor á él, observando gozosa su tranquilo reposar. Sus labios á las veces se agitaban presurosos, dibujando otras, prolongadas sonrisas que yo creía formadas para mí; y entre coser y observar, iba transcurriendo el tiempo tan placenteramente como si la desdicha no pudiera existir.

ALVAR ¡No siempre luce el sol!

CAR. Pero no es igual que lo apague el manto de la noche que el tormentoso nubarrón.

ALVAR No te excites, mi vida, considera que aun no te has repuesto de tu pasada enfermedad.

CAR. Un fuerte campanillazo me asustó. Primero pensé en tí; supuse que algo imprevisto te obligaba á regresar antes de la hora acostumbrada; me levanté rápida, (Se levanta.) cuando el ama del niño, extrañada también, se disponía á abrir. Llena de temor, observé por el ventanillo: era un siniestro grupo de hombres que intentaban entrar...

ALVAR (Asustado.) ¿Qué dices?

CAR. (Bajito. Medrosa.) ¡Abran en nombre de la ley!, uno dijo... Temblorosa abrí: pausadamente el grupo penetró; les guié hasta la sala, y con ansia infinita, acobardada, pregunté.

ALVAR ¡Sigue, sigue, por Dios! (Unidos estrechamente.)

CAR. Me presentaron un papel que debiera canjearse en aquel momento por no sé qué cantidad; les respondí que de nada disponía yo, y uno de aquellos hombres inhumanos, exclamó así: (Bajito y dramático.) ¡A embargar! Han paseado toda la casa, sin dejar un rincón; han embargado todos, todos nuestros pobres muebles, nuestro humildísimo nido, testigo hasta ahora de nuestra resignada tranquilidad; ¡sin compadecerse de mis súplicas, de mis lamentos, de mis lágrimas!... ¡porque he llorado ante ellos lo mismo que ahora lloro ante tí! (Llora. Alvar, angustiado, la abraza.)

ALVAR ¡Qué triste situación!

CAR. Como si todo lo comprendiera, nuestro hijito se puso á llorar también. Delirante fuí hasta su cuna; le cobijé contra mi pecho, como temerosa de que me lo pudieran arrebatar, y les dije: ¡Ya que no por nosotros, por este inocente tengan compasión!

ALVAR Y entonces...

CAR. Me han permitido venir aquí. Entregué el niño al ama, y jadeante, loca, desesperada como ves...

ALVAR (Haciéndola sentar nuevamente, porque desfallece.) Por no apenarte, nunca te enteré... ¡Es tan difícil vivir! Me prestaron dinero, que hemos gastado cuando el niño nació...

CAR. ¿Y no hay manera de salvarnos?

ALVAR Pueda ser que sí.

CAR. Ahora, lo importante es que vengas á casa; (Se levanta.) pero al instante, sin perder minuto; si se impacientan, ¡sabe Dios hasta dónde llegarán! Ofréceles pagarles... dales todo de cuanto puedas disponer...

ALVAR ¡Es que no tengo nada!...

CAR. ¿Por qué no pides aquí?

ALVAR He recibido mucho por adelantado... y no siempre puede la Administración...

CAR. ¡Inténtalo, por Dios!

ALVAR Sí; voy á ver... voy á ver... Espérame aquí.

CAR. No tardes... no tardes... (Se besan.)

ALVAR Unos minutos; nada más. (Va á hacer mutis por el foro y le impide el paso la Lindilla, que entra.)

ESCENA VI

DICHOS; LA LINDILLA, lujosísimamente vestida y alhajada

LIN. No ez pocible que ce marche uzté cin que me oiga un momentito nada máz.

ALVAR (Contrariado.) Vuelvo en seguida. (Mutis.)

LIN. Vaya uzté con Dió; ezperaré. (Avanza y pasea tarareando una matchicha, y marcándola levemente; después repara en Carmen, con más interés.) Eztoz periodiztaz zon ací; la dejan á una lo mizmo chafá que engalaná. (A Carmen.) ¿A uzté la traerá también algún azunto de interéz? Como á mí. Pero uzté está muy nervioza y yo no. ¡Tómelo uzté con calma! ¡Antez yo lo tomaba lo mizmo que uzté, pero ahora... ¡ya, ya! Ezo zí; yo no aguanto que nadie ce divierta conmigo, aunque divertir zea mi obligación. ¿Uzté no me conoce?

CAR. (Muy forzado.) No... tengo... el gusto...

LIN. Pero hija mía: ¿dónde ce mete uzté que no conoce la Lindilla? ¿No me ha vizto uzté en algún cine de loz elegantez; últimamente ahora en el Teatrón? ¿Ni en loz cartelez ciquiera? ¡Puez ci no ce vé otra coza por laz ezquinaz y empalizá! (Descriptivo.) Una hembra hazta allí, con la cabeza llena de ricitoz,

un gran collá de perlaz como avellanaz, y unoz pendientez, pendientez como garbanzoz; un lazo aquí, (Señalando el brazo izquierdo.) unaz vueltaz de gaza por ezte citio, (Señalando la cintura.) zapatitoz moruno... y ná máz. «La Lindilla, Venuz verdá», han puezto debajo con letra de una cuarta; puez eza Venuz zoy yo.

CAR. (Forzada y porque se la queda parada delante.) Sí... creo haber visto alguno...

LIN. Entre mujerez ce puede decí la verdá. Me pintan mejó que zoy, pero todavía no puede decirce que eztoy fané. Miz carnez zon dura, mi ceno ez de veraz, mi zangre aun tiene baztante caló. ¿Ez uzté bailarina?

CAR. No... no...

LIN. ¿Corizta?

CAR. Tampoco...

LIN. Vamoz, entoncez ez uzté... una desgraciá. Puez aunque ce la conoce que no come uzté rozbí, tiene uzté, arreglándoce, un parmito pa ganarse el dinero como yo. Aquí, donde uzté me ve, yo eztaba antez muy desgalichá; poco comé y coce que te coce... ¡dígame uzté! ¡Pero era honrá! Veztía...ací, peor que uzté, y era la irrición de todo er mundo, como hoy zoy lo envidia de todoz loz que antez me dezpreciaban. Y ez que hoy tengo dinero y gano todo lo que me da la gana, cin otro trabajo que bailá. Loz amantez me llueven azí; me regalan brillantez, veztidoz, zombreroz, ¡cuanto ce me antoja! Me convidan á cená, y tengo automóvil (no crea uzté que de loz de alquilé.) Ci no doy un trazpié, tengo ya acegurada mi vida para cuando ce ponga blanco (A la cabeza.) ezto que ahora me bezan muchoz como ci fuera un macizo de flor. Me intereza uzté, y ci quiere, la llevaré conmigo, la enceñaré á bailá, á cantá argunoz cuplé...

CAR. No prosiga usted... Yo soy la señora de ese caballero que acaba de salir.

LIN. ¿Del que hace de directó? Puez como ci no la hubiera dicho na. Pero... á uzté la zucede

argo... parece uzté tener una pena muy grande... (Carmen, no pudiendo más, solloza. Consolándola.) ¡Qué tonta ez uzté! ¿No vé que ce le eztropean loz ojoz y no zabe uzté aún de lo que le pueden cerví? Yo no lloro jamáz, desde que me pucieron la Lindilla; ya ve uzté. (Carmen se repone.) Me guztaría poderla cervir de argo.

CAR. (Aparte.) ¡Cuánto tarda!

LIN. ¿Quiere uzté decirme lo que la zucede? Zabe Dió ci yo... ¿La paza arguna coza que no pueda tené remedio...?

ESCENA VII

DICHOS, ALVAR que con el sombrero en la mano entra por la puerta del foro. Un ORDENANZA después

ALVAR Vamos, Carmen.

CAR (Va á él con ansiedad. Aparte.) ¿Lo arreglaste ya?

ALVAR (Aparte á Carmen) No he podido encontrar al administrador; pero vamos... (A la Lindilla.) Perdone si ahora no la puedo atender.

ORD. (Que sale por la puerta del foro, con una tarjeta que presenta á Alvar.) Esta tarjeta...

ALVAR (Tomándola, y leyéndola rápido, se la devuelve al Ordenanza.) Pásele usted á la dirección, y diga usted al señor Ruiz que haga el favor de recibirle.

ORD. Ha dicho que tiene necesidad de hablar personalmente con usted. Viene presidiendo una comisión.

ALVAR (Muy contrariado.) Dígales que no estoy.

ORD. Es el caso que ya he dicho que estaba usted.

ALVAR (Muy contrariado, decidido despues.) Ahora iré. (El Ordenanza mutis. A Carmen.) Es imposible ahora salir de aquí. Vuélvete á casa... Contenles... promételes... asegúrales que dentro de poco iré... así que venga el administrador... Estoy seguro que me atenderá...

CAR. (Siempre aparte á Alvar, como él á Carmen y rápidos.) Hace un momento... (Con trabajo.) esta mujer... (Por la Lindilla.) parecía condolerse de nuestra situación.

ALVAR (Ansioso.) ¿La has enterado acaso...?

CAR. No, no; pero si supiera lo que nos sucede... tal vez...

ALVAR ¡Nunca, nunca! ¿sabes? Antes que nada el buen nombre del periódico; primero que todo, ¿entiendes? ¡la dignidad!

CAR. ¿En quién pondremos nuestra esperanza?

ALVAR En quien las buenas mujeres la ponéis; ¡en DIOS! (Alvar ayuda á avanzar con dirección al foro á Carmen, que al llegar á la puerta se vuelve para saludar á la Lindilla que la contesta igual.)

CAR. (Aparte, al hacer mutis; por la Lindilla.) ¡Esa es más feliz! (Mutis.)

ALVAR (Volviendo con dirección á la puerta lateral derecha. A la Lindilla.) No puedo detenerme... ¿Por qué no viene mañana?

LIN. No tengo nada que hacé. Yo ezperaré. Atienda uzté á cuantoz quiera; lo mizmo me da eztar aquí que allí. (Alvar hace un gesto de resignación, y mutis por la derecha.)

ESCENA VIII

La LINDILLA y GRACEJO que asoma por la puerta del foro y queda parado. Es un viejecito, de pelo blanco, que habla con voz trémula. Viste pobre, aseado

GRAC. ¿Puedo pasar? (Marcha temblona.)

LIN. ¡Por mí...! Aunque me guztaría máz, ci tiene uzté cetenta y doz, con loz númeroz al revé.

GRAC. (Avanzando.) Yo, en cambio de su fineza, la puedo asegurar, que no los llegará usted á cumplir; ni los sesenta, ni los cincuenta quizá.

LIN. Ez mucho zabé; pero mejó que mejó.

GRAC. Mucho mejor será (Se sienta.) Yo también he tenido sus años y he gozado de la popularidad, tanto ó más que usted.

LIN. ¿Ez que me conoce?

GRAC. (Gesto picaresco.) Usted es... la Lindilla. ¡Olé, que viva la sal!

LIN. (Dándole una palmadita en la mejilla con coquetería y graciosa desenvoltura.) Viejo verde...

GRAC. No, no va usted bien. Aunque jubilado ya, soy artista y voy á los teatros, porque aún encuentro en ellos un mendrugo de pan.

LIN. Vamos; es usted apuntador ó cosa así.

GRAC. Ni eso puedo hacer.

LIN. Entoncez ya cé. Va uzté para dar zablazoz.

GRAC. (Reflexivo por unos momentos.) Voy á tender mi mano en los templos donde antes fuí uno de los ídolos que el público adoró. ¡Yo he sido primer actor, y ya ve usted!... ¡Poco menos que vivo de limosna ahora en mi triste vejez!

LIN. Habrá usted tenido maloz zueldoz ó mucha nececidá.

GRAC. El teatro sólo produce lo necesario para poder mal vivir. Los que ahora se enriquecen en él, es porque se hacen empresarios, cobran las obras con algún pobre autor, ó... porque viven como usted!

LIN. (Molesta.) ¿Ez envidia?

GRAC. ¡Envidia, no; arrepentimiento, sí! Yo he podido pensar en esta triste edad, ¡y nunca pensé en ella! Ha llegado como esas convulsiones que, de repente, sacuden á una ciudad, y los más seguros edificios caen para nunca volverse á erguir.

LIN. (Ríe.) ¿Ruinaz artízticaz? ¡Ja, ja, ja!...

GRAC. (Levantándose.) Ruinas; sí. Como las de Pompeya, que recuerda un poderío á cada escavación. Esas estrellas que salpican el oscuro cielo azul; ese astro que, á lo lejos, parece la superficie rugosa y nacarada de una concha colocada sobre arrebujado felpón; esa tenue luz que la misma tierra dá, es como el arte verdadero, que el artificio podrá ocultar pero nunca destruir.

LIN. ¡Ez decir, que la luz eléctrica alumbra menoz que la de un candil! ¡Graciozo ez uzté!

GRAC. En un pequeño radio, alumbra más; pero en el espacio inmenso, no hay más que un sol. Este sol es el arte verdadero, el que nunca podrá apagarse, por negros que sean esos nubarrones nacidos de la moderna agitación.

LIN. De modo que el teatro de ahora, para uzté viene á cé...

GRAC. La tormenta de arena que oculta una ciudad; el simou que en el desierto salta de vez en vez...

LIN. Y entoncez ¿qué cerá la cicalipziz?

GRAC. (Risueño.) Cultivada por muchachas bonitas como usted... una linda pantalla de sol. (Sentándose.)

LIN. (Palmoteando.) Graciaz, graciaz; menoz mal. (Saca dinero de su bolso y le ofrece á Gracejo.) Para la ruina ezta y para zu reconztrucción.

GRAC. (Rechazándolo dignamente.) No; yo no pido mis limosmas así.

LIN. (Guardándoselo.) ¡Vaya por Dió! ¡Orgullo y pobreza tóo en una pieza!

GRAC. Mis compañeros, suelen darme un beneficio hoy aquí, mañana allá, y aunque nunca producen mucho, me ayudan á vivir.

LIN. ¿Le han dado alguno en el Teatrón?

GRAC. Como su espectáculo son las *varietés*...

LIN. ¡Qué importa! Le daremoz uno; yo lo pediré.

GRAC. (Se levanta y la abraza.) ¡Hija mía! ¡Dios se lo pague á usted!

LIN. (Abrazándole también y quedando ambos formando interesante grupo.) Ci yo tuviera un padre, viviría algo dichoza, y ¡zabe Dioz ci penzaría en no llegar á vernoz como uzté! (Quedan abrazados, demostrando intensa emoción.)

ESCENA IX

DICHOS y el DOCTOR muy bien vestido, en traje de calle. Sorprendido viendo el grupo y desde la puerta del foro, que es donde aparece, jejea para llamar la atención

DOC. ¡Me parece muy bien! (Avanzando.)

GRAC. (Sin soltarse hasta dicha la contestación.) No piense usted con malicia. ¡Es que el arte verdad se apoya en el frívolo de ahora para no sucumbir!

LIN. (A Gracejo.) Ci le parece á uzté, noz vamos

ahora al Teatrón y lo arreglamoz en ceguida. Yo vengo precizamente para pedir un reclamo para mí; en cuanto contemoz con mi empreza volvemoz aquí y lo pedimoz loz doz para uzté. ¿Hace? En mi automóvi, que eztá abajo, lo hacemo todo en un decí Jezú.

GRAC. Sí: vamos donde quiera usted. (Decidido.) Y el duque de Rivas me perdone si ve á un don Alvaro á escape sobre una porción de caballos llevado por la Lindilla por ahí... (Vanse por el foro, él apoyado en el brazo de la Lindilla.)

ESCENA X

El DOCTOR y ALVAR que sale por lateral derecha con el sombrero en la mano

DOC. Veo que se dispone usted á marchar, querido Alvar. No le detengo á usted.

ALVAR Sí, Doctor; necesito salir; pero si tiene usted algo que decirme...

DOC. Manifestarle una vez más mi agradecimiento, por sus informaciones con respecto á nuestro hospital. Gracias á usted poseerá muy pronto los adelantos de que carecía. (Estrechándole las manos efusivo.) Tengo vivos deseos de serle útil alguna vez; disponga usted siempre de mí.

ALVAR (Luchando.) Pueda ser que en alguna ocasión...

DOC. Deseo verla llegar.

ALVAR (Aparte.) Si me atreviera... Pero no, no... sería aprovecharme de mi carácter interino... Se pudiera creer...

ESCENA XI

DICHOS y EL AMA, que entra por el foro; lleva en brazos un niño de mantillas y un lío de ropa

ALVAR ¿Cómo, usted aquí? Pues ¿y la señorita? (Al Doctor.) ¡Perdone usted! (Aparte al Ama.) ¿Qué ha ocurrido después?

AMA — Cansárunse de esperar. ¡Qué bandidus son! Llamarun á unus carrus y cargárunlo todu muchu más de prontu que se lu digu á usté.

ALVAR — Pero la señorita...

AMA — Comu nun llegaba, me ha parecidu que lu más propiu era que yu me viniera aquí.

ALVAR — ¡Corro en su busca!... (Al Doctor.) No puedo perder tiempo... ¡Discúlpeme usted! (Vase precipitado por el foro.)

ESCENA XII

EL DOCTOR y EL AMA.—El Doctor hace ademán de seguir á Alvar, pero al llegar á la puerta del foro, se detiene reflexivo volviendo hasta el Ama, que dejó el lío de ropa y se sentó con el niño, colocándole sobre la falda y meciéndole á compás

DOC. — (Al Ama.) Ama, ¿qué les ocurre á los señoritos?

AMA — (Después de ligera reflexión.) Yo nun sé.

DOC. — Vamos, es usted discreta.

AMA — Nun entiendu lu que esu quiere decir. Suy el ama del niñu y... nada más.

DOC. — Lo cría usted muy hermoso.

AMA — Tiene muy buena pasta; nun puede negar la madre que le parió.

DOC. — Los señoritos son buenos, ¿eh?

AMA — Comu el niñu; ¿nun se lu digu á usté?

DOC. — ¿Es usted de Asturias ó de Galicia?

AMA — De Jaén. (Ríe.)

DOC. — Para criar bien á los niños conviene que la nodriza tenga muy buen humor. ¿Conque de Jaén?

AMA — Cuandu apenas si había nacidu, mi madre murióse; llevárunme á Vitigudinu, y nun he salidu de allí hasta ahura que me vine á criar.

DOC. — Ha dejado usted en ese punto á su padre, á su marido, á su hijo...

AMA — Ni tengu padre, ni maridu, ni hiju.

DOC. — (Sonriente.) ¿No?...

AMA Purque mi padre murióse antes de yo nacer; nu estuy casada y lu que vinu, comu vinu se fué.

DOC. Le gusta á usted bromear. (Ríe.)

AMA Nun señor; le he dichu la verdad. Si tuviese madre, maridu ú hiju, nun le estaría hablando. Soy sula en el mundu; un mal hombre me engañó y juré nun vulver dunde me cunozcan. Pur esu estuy aquí.

DOC. Todo eso es muy triste.

AMA Pues para que lu sepa usté; me he llegadu á acostumbrar.

DOC. A todo nos acostumbramos, ¡claro!

AMA Yo, á todu, menus á comer quesu de grullas, que me da un ascu atroz.

DOC. (Ríe.) No es de grullas; es de Gruyer.

AMA Lu mismu da.

ESCENA XIII

DICHOS, CARMEN y ALVAR, que entran por el foro

ALVAR Ya ves que no te engañaba; aquí está.

CAR. (Ha ido ansiosamente hasta su hijo, que toma en brazos y besa delirante. Se la nota muy anhelosa.) ¡Hijo de mi alma!

DOC. (A Alvar.) ¿No inspiro á usted confianza?... Algo muy extraño les sucede...

ALVAR Con efecto...

(Carmen entregando el niño al Ama, que se levanta después asustada y acude á Alvar.)

AMA (Misteriosa.) ¡Nun sé qué pasa á la señorita!...

ALVAR (Acudiendo precipitado á Carmen.) ¡Carmen! ¿Qué es esto? (Al Doctor.) ¡Doctor! ¡Doctor!

DOC. (Acude rápido y la observa. Carmen cada vez peor.) ¡Vamos! ¡Pronto, pronto! (Llevándola entre los dos al sillón que está en primer término al lado del balcón.)

CAR. ¡Aire!.. ¡Me ahogo!

(Suena el timbre del teléfono. Alvar abre el balcón y se escucha inmediatamente el violín de la primera escena, cuidando que el tiempo comience cortado, como

si estuviera tocando antes y no se escuchara hasta abrirse el balcón. El niño comienza á llorar; el Ama le pasea. El Doctor atiende á Carmen, que se descompone cada vez más visiblemente.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, la VOZ de Incio en el teléfono

Voz — ¿Está usted?

Doc. — (A Carmen.) Anímese usted. Esto no es nada.

ALVAR — (Sin saber si acudir al teléfono ó á Carmen. Va al teléfono. Con acento extraño.) ¡Sí!..

Voz — Pues tómese usted la molestia de escribir. (Alvar dudoso entre copiar lo que dice la voz y acudir al lado de su mujer. Va de la mesa donde escribe á contemplar á Carmen, solícitamente atendidn por el Doctor.)

Doc. — (A Carmen.) ¡Animo! (Pulsándola y demostrando su inquietud.)

Voz —

LA NORIA

Da vueltas sin cesar, y lentamente
elevando va el agua;
recógela un canal y allá en la huerta
con profusión se gasta.

—

Alrededor de la noria, todo es triste;
en la huerta cercana,
á virtud del trabajo de la noria
todo sonríe y canta.

—

Así es el periodista; sér heroico
que sin cesar trabaja
por conseguir la vida de otras gentes
que sin él... ¡no son nada!

(Carmen se desploma muerta.)

Doc. — ¡Alvar!... ¡Alvar!...

ALVAR (Acudiendo desesperado y estrechando á Carmen enloquecido.) ¡Carmen!... ¡Carmen!... ¡Mi Carmen!...

(El Doctor forma triste grupo con Alvar y Carmen. El Ama pasea al niño, que no cesa de llorar, allá en el foro, y se escuchan los quejidos del violín, que tampoco han cesado dssde que se abrió el balcón.—Cuadro.)

EPÍLOGO

Ha caído el telón. Después de una pequeñísima pausa. El actor que representó el personage Alvar, en su aspecto natural, sale á las candilejas por un costado del telón, sin levantarle, y amablemente se encara con el público diciendo así:

Publico amigo y señor: Fiado en vuestra bondad, voy á cumplir un deseo del autor. Quiere hacer saber que allá en el campo, en un hermoso lugar, mas tarde se inauguró un gran edificio destinado para el amparo de los inutilizados por toda clase de trabajos relacionados con el periodismo, desde el escritor de nota hasta esos pobres que vendiendo periódicos por las calles se ganaron el pan. Esta fundación fué constituída con la mitad de la cuantiosa fortuna de la señora que en el prólogo de estas escenas visita la redacción. Murió de pena en Buenos Aires y la parte clasificada de ganancial, la empleó en tan caritativa obra su heredero, el personaje que yo, vuestro humilde siervo, acabo de tener el honor de representar.

(Mutis por donde entró, después de hacer una profundísima reverencia.)

FIN

Precio: UNA peseta

(end)